

MIGUEL ALONSO IBARRA

# CRUZADOS SIN GLORIA

El ejército de Franco en la Guerra Civil

PASADO & PRESENTE  
BARCELONA

## INTRODUCCIÓN

«En la guerra lo que salva al hombre es que la conciencia se distrae, se dispersa. Porque la muerte a su alrededor siempre es absurda, casual. Carece totalmente de cualquier significado sublime [...] Cuando te enfrentas a algo así enseguida surge un pensamiento: la literatura se ahoga dentro de sus límites [...] El hecho y su reproducción solo sirven para expresar lo que ven los ojos, ¿quién necesita un informe detallado? Hace falta algo diferente Instantes estampados, extirpados de la vida [...] La guerra es un mundo, no es un suceso».

SVETLANA ALEXIÉVICH, *Los muchachos de zinc*<sup>1</sup>

La guerra es ante todo sangre, mierda y fango. Es miedo, destrucción, dolor, sufrimiento, trauma y muerte, una experiencia que determina la vida de quien pasa por ella dejando secuelas y cicatrices duraderas, ya sean físicas o psicológicas. La mayoría de los que empuñan un fusil en una trinchera regresan del frente marcados por vivencias terroríficas y penosas, aunque eso no quiere decir que acaben necesariamente desarrollando patologías psicológicas. De igual modo, tampoco la exposición a la brutalidad de la guerra convierte automáticamente a los soldados en seres insensibles al sufrimiento ajeno, radicalizados o inclinados a la violencia, resultados que dependen de muchos más factores que la mera experiencia del combate cuerpo a cuerpo.<sup>2</sup>

No en vano, frente a lo que planteó George L. Mosse con su tesis de la «brutalización», lo cierto es que el grueso de los veteranos de la

Gran Guerra no se inclinaron por defender opciones radicales y violentas como el fascismo, sino que optaron por movimientos pacíficos y democráticos o, simplemente, por no involucrarse de forma activa en las dinámicas políticas de los años 20 y 30.<sup>3</sup> A este respecto, es importante no perder de vista que en las guerras industriales y de masas de la primera mitad del siglo xx, el volumen de soldados que participaba de forma directa en el combate era una minoría frente a los que desarrollaban su labor en los aparatos de mando, logísticos o de servicios de los diferentes ejércitos, en muchas ocasiones a decenas o centenares de kilómetros de los teatros de batalla.<sup>4</sup>

Pero la guerra no solo es miedo, heridas, trauma y muerte. Además, son las penalidades de la vida en campaña, el hambre y las privaciones de todo tipo que conforman el día a día del soldado, en particular del de infantería. La cotidianidad de la guerra en vanguardia consiste en soportar las inclemencias del tiempo mientras se vigila la línea del frente; en comer raciones frías durante días en los períodos en que se combate; en dormir sobre el duro suelo o la tierra enfangada; en trabajar largas horas al sol cavando nuevas posiciones o fortificando las existentes; en limpiar de desperdicios y excrementos las trincheras para evitar la propagación de enfermedades como el tifus. Sin, por supuesto, olvidar las continuas marchas de decenas de kilómetros con todo el equipo a cuestas hasta llegar a otro punto del frente. Solo para, al día siguiente, tener que volver a cambiar de posición.<sup>5</sup>

Por lo tanto, la guerra es también el tedio y el aburrimiento que provocan todas esas tareas cansinas y monótonas que definen la vida del soldado de a pie, así como las incontables horas que se pasan en la trinchera sin nada que hacer. A pesar de que las batallas centran buena parte de la atención de los relatos escritos por combatientes, cronistas y observadores de los conflictos armados, estas no conforman sino una fracción menor del tiempo que los soldados de infantería pasan desplegados en primera línea. En ese sentido, la forma que han adoptado las guerras totales desde inicios de la pasada centuria, caracterizadas por frentes más o menos continuos de kilómetros y kilómetros de trincheras y posiciones, conduce a ese tipo de experiencia. A diferencia de lo que sucedía en otros momentos de la historia, para llevar a cabo las grandes campañas y ofensivas de una

guerra —en las que confluyen simultáneamente hasta centenares de miles de soldados— es imprescindible que haya muchos más combatientes guardando otros teatros. Por ello, la guerra es igualmente la anodina cotidianidad de los frentes secundarios donde no se desarrollan esas grandes operaciones y en los que transcurren los días y las semanas sin que se produzcan combates de entidad. Aunque eso no quiere decir que la experiencia de quienes están desplegados en esos teatros pueda describirse como tranquila. Al contrario, los frentes secundarios son escenario de escaramuzas y pequeños golpes de mano, de intercambios esporádicos de artillería con súbitos e inesperados picos de intensidad y, ocasionalmente, de ofensivas locales que se resuelven a costa de enfrentamientos particularmente cruentos marcados por la precariedad de medios.

Buena parte de la sangre, el sufrimiento y el trauma que determinan la vida del soldado de infantería tienen que ver con una paradoja que caracteriza a toda guerra: a pesar de tratarse de una de las actividades humanas más planificadas, es igualmente una de las más caóticas.<sup>6</sup> Las estrategias y tácticas elaboradas por los estados mayores de los ejércitos no suelen resistir el primer contacto con el enemigo, tal y como reza la clásica cita atribuida al general prusiano Moltke el Viejo. De ahí que la improvisación, las equivocaciones y el aprendizaje a base de miles de muertos y heridos sea un aspecto común a todo conflicto armado. Así, para que las formas de hacer la guerra evolucionen y se perfeccionen a base de ensayo y error ha de haber unas víctimas propiciatorias que no suelen ser generales u oficiales de alto rango, sino los mandos que están en las trincheras y las posiciones de primera línea, los suboficiales que dirigen a las pequeñas unidades y, ante todo, los soldados que disparan las armas. Eso hace que la guerra no sea igual para todos y que las formas de experimentarla, procesarla, narrarla y recordarla difieran en función de la distancia que existe entre el protagonista y las posibilidades que este tiene de morir.<sup>7</sup>

Para sobrellevar todas esas vivencias traumáticas y penosas, los soldados recurren a diversas estrategias y herramientas. Una de ellas, quizá la principal, es la camaradería forjada con sus compañeros de armas. Eso hace que la guerra sea también solidaridad, compañerismo y hermandad entre individuos unidos por un sufrimiento com-

partido, algo que no solo se desarrolla entre soldados de un mismo ejército, sino que hasta cierto punto incluye también al enemigo. De este modo, en muchas ocasiones los combatientes son capaces de sobreponerse al adoctrinamiento en el odio a ese enemigo, aspecto que forma parte de los procesos de encuadramiento y coerción propios de cualquier contingente en guerra. Así, llegan a reconocer en el otro a un igual, un individuo abrumado por las mismas penalidades y, en no pocos casos, obligado a realizar los mismos sacrificios.<sup>8</sup> Esa solidaridad del sufrimiento actúa incluso como un factor atenuante de la violencia propia de los escenarios de combate, por ejemplo cuando un soldado es tomado prisionero por enemigo de su misma «clase», esto es, otro soldado de infantería o caballería.<sup>9</sup> Sin embargo, la hermandad combatiente, otro de los ejes narrativos centrales de la experiencia soldadesca, también tiene sus aristas y complejidades. Como en todo grupo humano, y en particular en un ambiente hipermasculinizado, agresivo y en constante competición como el del ejército, los conflictos, la violencia entre compañeros, el acoso o los abusos forman parte del día a día de las unidades.

La camaradería se forja en las trincheras, en el sufrimiento de la vida en campaña y en la dureza del combate. Sin embargo, tiene su pleno desarrollo en los momentos en que los soldados están lejos del combate y del frente. El ocio y los pasatiempos en las propias trincheras, pero sobre todo los permisos que se disfrutaban en la retaguardia en compañía de camaradas y amigos, son otros de los componentes centrales de la experiencia del soldado en campaña. En ese sentido, la guerra es excepción, oportunidad y expansión. Es la posibilidad de escapar temporalmente de los entornos familiares, comunitarios y sociales para entrar en contacto con todo un abanico de vivencias que de otro modo hubieran sido más difíciles de experimentar y que, además, se ven espoloadas por la excepcionalidad del marco bélico y el componente de camaradería grupal y reafirmación de la masculinidad que acompaña al desarrollo de muchas de ellas. Sin ir más lejos, no pocos soldados disfrutaban de sus primeras relaciones sexuales y afectivas al ser movilizados por el ejército y enviados a lugares alejados de sus hogares. Así, la guerra puede ser también una experiencia recordada con nostalgia por quienes participaron o combatieron en ella.

Ahora bien, eso no debe hacernos olvidar que la guerra es, en esencia, violencia. Lo es en su misma naturaleza, pues su ejercicio solo es posible por la legalización y legitimación de la muerte de otros seres humanos. Eso plantea una divergencia cada vez mayor con el modo en que se han construido las sociedades contemporáneas, donde las tasas de homicidio han ido en progresivo declive.<sup>10</sup> Pero también es violencia en lo que respecta a los procesos que requiere para llevarse a cabo. La movilización, encuadramiento y disciplinamiento de millones de individuos que son enviados a un escenario aterrador, forzados a vivir experiencias traumáticas y en última instancia a matar a otras personas, necesita de una potente estructura coercitiva para implementarse.

Con todo, la motivación y voluntad de combatir de los soldados no solo puede explicarse en términos represivos, de terror y castigo. De igual modo, las expectativas generadas por una potencial victoria y sus contrapartidas en términos materiales, de estatus social o de reconocimiento público son factores esenciales para entender la relación que los combatientes establecen con la guerra y con su rol en ella. Aquí, la propaganda y el adoctrinamiento juegan un papel fundamental, y son por ende piezas esenciales en el esfuerzo de guerra de todo ejército. Al tiempo que se emplean para construir una imagen deshumanizada del enemigo que facilita su eliminación, sirven igualmente para socializar toda una serie de nociones ideologizadas que pretenden dar sentido a la lucha de los soldados. Ahora bien, otra cosa es cómo estos soldados reciben, adaptan, transforman y adoptan o rechazan ese caudal de imágenes, ideas y narrativas. A ese respecto, la guerra es también el poder y la agencia de quienes devienen sus protagonistas.

En última instancia, para el soldado de a pie, la guerra no es otra cosa que un continuo ejercicio de supervivencia. No en vano la resistencia, el rechazo y la evasión de la guerra han formado y forman parte intrínseca de la experiencia bélica a lo largo de la historia, desde las muestras más pequeñas e insignificantes hasta otras más extremas como la insubordinación, la desertión, la automutilación o el suicidio. También por esto la guerra es la capacidad de resistencia de sus actores a ras de suelo. Pese al entorno coercitivo, disciplinado y violento en el que se hallan, consiguen desarrollar formas de

eludir tomar parte en la masacre a la que han sido empujados, a menudo contra su voluntad. Así, la guerra no es heroísmo ni épica, por mucho que en las historias individuales de quienes las libran encontremos episodios que puedan ser descritos a través de esos términos o que la construcción de narrativas que resignifican los conflictos armados en clave de epopeya ayude a algunos combatientes a lidiar con la inefabilidad de la experiencia vivida. Al contrario, la guerra es una experiencia indeseable y atroz que construye un universo propio y terrible del que sus moradores quieren constantemente escapar, algo que muchos de ellos no logran jamás.

### LA GUERRA MILITAR

A partir de toda esta cosmovisión en torno al fenómeno y la experiencia de la guerra, este libro se adentra en la historia de los soldados que integraron las filas del ejército sublevado en la guerra civil española de 1936-1939. Siguiendo el camino abierto por diversas investigaciones en las últimas dos décadas y media, el principal objetivo de esta obra es reconstruir aquella experiencia en toda su dimensión, desde la movilización hasta el combate, pasando por las relaciones entre soldados y de estos con los civiles, la vida cotidiana o el adoctrinamiento ideológico, sin olvidar la memoria y los relatos que tanto el propio régimen como los excombatientes franquistas elaboraron sobre la contienda.

Así, los soldados constituyen el eje narrativo del libro, que se va desplegando a través de un conjunto de historias individuales que ilustran el desarrollo de las principales dinámicas y procesos de la guerra en el ejército golpista desde la perspectiva de los actores corrientes y sus vivencias. Ese caleidoscopio de microhistorias busca ofrecer un panorama lo más rico y variado posible de lo que fueron las múltiples experiencias de la Guerra Civil, abarcando distintos teatros, frentes, unidades, campañas, batallas y retaguardias de la contienda. De este modo, se trata de acercar la mirada a la suciedad y el hedor de las trincheras, a las juergas y correrías en retaguardia, a la violencia y los excesos cometidos en el frente contra soldados

enemigos y civiles, así como al trauma, al sufrimiento, la resistencia y el gozo de los combatientes. Con ello, el objetivo no solo es contribuir a la comprensión de la guerra como fenómeno histórico complejo que va mucho más allá de lo que ocurre en los frentes de batalla, sino también afirmar la importancia que todas esas historias corrientes tienen para nuestra interpretación del devenir de la España contemporánea, en la que la Guerra Civil es uno de sus acontecimientos definitorios.

Sin embargo, para articular ese análisis es imprescindible abordar en primer lugar el proceso constructivo del ejército rebelde, improvisado y sobrevenido a consecuencia del fracaso parcial del golpe de Estado y cada vez más organizado y masivo conforme fue avanzando el conflicto, especialmente a partir del último tercio de 1937. Para llevarlo a cabo, el libro se centrará en sus cuatro primeros capítulos en explicar cómo se fue dando forma al contingente de masas necesario para librar la guerra total que fue la contienda de 1936-1939, haciendo hincapié en dos aspectos clave: los planteamientos táctico-estratégicos, pero también políticos, que caracterizaron el modo rebelde de hacer la guerra y el entramado logístico, formativo y de servicios que conformó la realidad material de su ejército. Todo ello se apoya en un análisis sistemático y en profundidad de la documentación interna generada por este, desde los informes elaborados por los comandantes de unidad hasta las órdenes de operaciones de divisiones, ejércitos y cuerpos de ejército o las grandes directivas emanadas desde el Cuartel General del Generalísimo (CGG). Ocasionalmente, se incorporan otras visiones al análisis, a partir de documentación producida por instituciones de retaguardia —gobiernos civiles y militares, principalmente— o, también, por militares que hicieron la guerra o que, pertenecientes a otros ejércitos, asistieron como observadores de algunas de sus principales campañas y batallas.

La consideración de la contienda española como una guerra total, esto es, moderna, de masas e industrial, permite poner en cuestión y complejizar la relación que en no pocas ocasiones se ha establecido entre la guerra llevada a cabo por el bando sublevado y los conflictos coloniales librados por el ejército español en las décadas previas. Ciertamente, y pese a que algunos oficiales se esforzaron

por poner a disposición de sus colegas los principales debates desarrollados en la Europa de los años 20 y 30 en torno a las nuevas formas de hacer la guerra, las campañas del Protectorado fueron el antecedente experiencial de la Guerra Civil, un aspecto potenciado por el africanismo de un buen número de militares insurrectos. No obstante, las características de la contienda de 1936-1939, representadas entre otras por la tecnologización del combate o la entidad del ejército republicano, hacen que la relación entre ambos conflictos difícilmente pueda remitirse a algo más que a esa idea de antecedente experiencial. Más aún, la propia naturaleza y profundidad de la violencia golpista trascienden los límites de una guerra concebida y librada como una nueva campaña colonial.

De este modo, una de las claves del libro pasa por entender que la Guerra Civil fue la contienda más moderna del período de entreguerras y, al mismo tiempo, que el Ejército español carecía de experiencia a la hora de librar conflictos de esa complejidad y dimensión, al no haber participado en la Gran Guerra. Eso hizo de la conducción de las operaciones un proceso de aprendizaje a marchas forzadas a costa de centenares de miles de soldados muertos y heridos, que fueron quienes pagaron el coste de la lenta adaptación a la guerra total. Además, el carácter sobrevenido de la contienda agravó todavía más la falta de preparación de ambos ejércitos, llevando a los combatientes a luchar en una constante situación de precariedad material, escasez de instrucción y en base a unos esquemas tácticos y operacionales que adolecían de desactualización y falta de adaptación a la modernidad de la guerra española. No obstante, contrariamente a lo que algunos autores han planteado, todas estas problemáticas no hacen de la Guerra Civil una «guerra de pobres».<sup>11</sup> Más bien, se trató de un conflicto adaptado a la realidad material y económica de la España de la época y para el que ninguno de los dos contendientes pudo hacer preparativos, lo que define un marco interpretativo distinto. Sin ir más lejos, y tal y como veremos en el capítulo cuarto, esa misma idea adquiere otra dimensión si la contrastamos con la experiencia vivida por los soldados que combatieron en la Segunda Guerra Mundial, un conflicto que sí comportó un considerable período previo de planificaciones y acumulación de armamento y recursos.

Así pues, la precariedad material y los problemas tácticos fueron la tónica general a ambos lados de la línea del frente. En ese sentido, es necesario apuntar que, aunque este libro se centra en los soldados que lucharon en las filas del bando golpista, muchas de las cosas que se apuntan en él son también aplicables a los combatientes del Ejército Popular de la República. Esto no quiere decir que se busque un relato que iguale a ambos bandos. Desde hace muchos años, la historiografía ya ha señalado cómo se llegó a la Guerra Civil, quién la causó, cómo se desarrolló y qué proyectos se enfrentaron en ella. A toda esa literatura me remito y de ella parte este trabajo, que no obstante no tiene por objeto retomar esas cuestiones. Pero si hablamos en términos de experiencia bélica, buena parte de lo que analizaré aquí tuvo su correlato en la vida por los soldados del bando gubernamental. No en vano el punto de partida en cuanto a la preparación para la guerra era similar a ambos contingentes, y las carencias materiales fueron una constante en el Ejército Popular que, eso sí, se agravaron de forma progresiva conforme este fue perdiendo terreno. Para los combatientes republicanos, la guerra fue también miedo, dolor, hambre, mugre, improvisación, represión y las costosas equivocaciones de sus mandos, al tiempo que camaradería, hermandad, expansión, drogas y las aventuras vividas en medio de la tragedia.<sup>12</sup>

Explicar la experiencia de los soldados rebeldes en esos términos implica cuestionar o refutar algunos planteamientos historiográficos acerca de la conducción de la guerra por parte del ejército golpista. Con ello no quiero únicamente destacar el valor intrínseco de actualizar nuestra visión sobre cómo los soldados vivieron el conflicto a ras de suelo, algo que de por sí es relevante en tanto que experiencia definitoria de varias generaciones de españoles y, más generalmente, como forma de aproximarnos al rostro brutal de la guerra contemporánea frente a los relatos y narrativas que, cada vez más, la representan en términos de heroísmo, épica o gloria. Sobre todo, se trata de poner en valor lo que el estudio de esta experiencia y de lo sucedido en los frentes puede ofrecer a la comprensión del régimen político resultante de la victoria bélica.

En ese sentido, es revelador cómo, aún hoy, algunos de los autores de referencia para el estudio militar de la Guerra Civil siguen siendo individuos con una marcada vinculación con la contienda y el franquismo. Por ejemplo, los trabajos de los hermanos Ramón y Jesús Salas Larrazábal son frecuentemente citados por historiadores actuales cuando se trata de introducir comentarios acerca de la dimensión militar y operativa de la guerra. Algo similar sucede con la serie de monografías elaboradas por el Servicio Histórico Militar bajo la coordinación del coronel José Manuel Martínez Bande o, para temas más concretos, con los trabajos de Rafael Casas de la Vega y José María Gárate para las Milicias Nacionales y los alféreces provisionales, respectivamente.<sup>13</sup> De hecho, llaman particularmente la atención los dos últimos casos, que abordan aspectos cruciales del proceso constructivo de la dictadura: por un lado, el alistamiento de miles de voluntarios en las milicias políticas tras el estallido del conflicto, sobre todo en Falange y el Requeté, lo que sería un reflejo del proceso de fascistización sufrido por el espacio de la contrarrevolución y, más aún, por una parte importante de la sociedad española. Y, por otro, la creación, experiencia, desmovilización y memoria de un cuerpo de oficiales concebido para jugar un papel central en la articulación política y social de la sociedad de posguerra.

Dejando a un lado el enfoque eminentemente descriptivo de las obras de estos autores, todos ellos comparten el haber servido en el ejército franquista. Más aún, tanto Ramón Salas Larrazábal como Martínez Bande y Gárate combatieron como oficiales provisionales en la Guerra Civil, hasta el punto de que las memorias de este último son citadas en varias ocasiones en el presente libro. La identificación emocional y política de estos autores con su objeto de estudio plantea graves problemas metodológicos. Así, su propósito no solo es estudiar la dimensión militar del conflicto, sino hacerlo de tal modo que permita refrendar ciertas narrativas afines al discurso del régimen, como la genialidad militar de Franco o una particular interpretación del equilibrio de fuerzas entre ambos bandos.<sup>14</sup> En este sentido, el ejército republicano es definido como desorganizado e indisciplinado, pese a lo cual seguiría siendo superior a su homólogo rebelde —el mito de la lucha en inferioridad de condicio-

nes—, del cual se destaca su buen hacer en combate sin apenas incidir en los numerosos problemas internos de los que adoleció a lo largo de toda la guerra. No en vano, incluso en determinadas ocasiones se cometen errores de bulto o se manipula la realidad de los hechos para adecuarlos a dichas narrativas, tal y como se ha expuesto en trabajos recientes.<sup>15</sup>

En particular, la sobrevaloración de las capacidades del ejército rebelde, en contraste con el menosprecio de las del contingente republicano, plantea un problema especialmente relevante, pues una parte de las interpretaciones sobre los tempos y lógicas del advenimiento de la dictadura y el liderazgo único de Franco que han mirado a la dinámica de los frentes se han elaborado a partir de esa visión. Así, Martínez Bande apunta que la diferencia entre ambos contingentes a finales de 1937 era que el Ejército Popular carecía de «la vieja solera, el reconocimiento de la superioridad de las jerarquías, la esperanza del triunfo», al tiempo que su cuerpo de oficiales adolecía de falta de capacidad suficiente para conducir la guerra. Al contrario, el ejército insurgente se definiría por la mejor calidad de sus mandos y por la búsqueda de la «eficacia» en la constitución de las unidades, un juicio que obvia la superioridad material rebelde durante buena parte de la guerra e ignora la semejanza de los problemas que afectaron a ambos ejércitos, tal y como veremos.<sup>16</sup>

La longevidad de esta interpretación se ha visto reforzada por el trabajo de historiadores militares solventes, como Gabriel Cardona, que no obstante han incurrido en cierta falta de sistematicidad y profundidad a la hora de estudiar la documentación generada por el ejército rebelde. Así, Cardona, que parte de una visión de la España contemporánea definida por su condición de «país marginado», «un analfabetismo oceánico» y el sempiterno «atraso secular», insiste en la contraposición simplista entre un contingente rebelde «disciplinado» y otro republicano en el que se discutía «si era o no conveniente la disciplina». De igual modo, afirma que los mandos intermedios republicanos eran «militarmente desastrosos» y califica la conducción de la guerra por parte de ambos bandos de «inmensa chapuza» y «militarmente disparatada», aun a pesar de señalar que el conflicto de 1936-1939 fue una guerra moderna a todos los niveles y que el ejército español no tenía experiencia en contiendas simi-

lares. Más aún, achaca la larga duración del conflicto al «cálculo político» de Franco, apuntando la tesis de que el Generalísimo habría retrasado deliberadamente el final de la contienda por motivos personales de índole política, de plena vigencia en la historiografía actual y que se discutirá en el cuarto capítulo.<sup>17</sup>

Es precisamente esto último lo que ejemplifica de forma clara dos de los principales propósitos que persigue este libro. Si la guerra militar es indispensable para entender el proceso de construcción del régimen de Franco, desde su imposición como líder indiscutible de la sublevación y el Nuevo Estado hasta la evolución de las políticas de violencia codificadas en la misma raíz del proyecto rebelde, es necesario articular una visión actualizada, más sistemática y profunda que identifique de forma clara y precisa las conexiones entre ambos procesos y que, al mismo tiempo, posibilite dejar definitivamente atrás obras ancladas en presupuestos metodológicos e interpretativos tardofranquistas. De este modo, siguiendo el camino abierto por trabajos aparecidos a partir de los años 2010 en adelante —y que como se irá viendo conforman el marco teórico en el que se sustenta esta investigación— el análisis documental que se desarrolla en la primera mitad de este libro permite matizar, completar y, sobre todo, refutar buena parte de esos juicios, y por extensión revisar las interpretaciones de más amplio calado construidas a partir de ellos, como por ejemplo el inverosímil axioma de la supuesta «guerra lenta» de Franco.<sup>18</sup>

## LA GUERRA POLÍTICA

Con todo, el análisis de la experiencia bélica de los soldados rebeldes carece de sentido si no profundizamos en su significación y relevancia histórica, tal y como se hace en la parte final de este libro. Volvemos de nuevo a partir de un hecho central: la guerra civil española fue la partera de la dictadura franquista. El advenimiento de la contienda permitió la cristalización de un proyecto fascista de masas en España, forma política que adoptó el régimen de Franco en su etapa inicial.<sup>19</sup> Además, la conquista del poder mediante una

cruenta guerra civil invirtió el orden del proceso seguido por las dos principales experiencias fascistas europeas, la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler, para las que las guerras de expansión imperial iniciadas en 1939-1940 representaron su fase crepuscular, de entropía y eventual colapso.<sup>20</sup> A diferencia de ambas, el camino recorrido por el fascismo español se vio inaugurado por la última de las cinco etapas paradigmáticas de los movimientos fascistas según el esquema planteado por el historiador Robert O. Paxton, la fase de radicalización, desarrollada en un marco de guerra total.<sup>21</sup>

Por ende, el estallido de la Guerra Civil propició la puesta en marcha de un proceso acelerado de eclosión, despliegue, implantación y consolidación de una versión radicalizada del proyecto político contrarrevolucionario, coagulado en torno a la figura de Franco desde finales de septiembre de 1936, convertido ya en Generalísimo. En dicho proceso, el contexto bélico actuó como catalizador y la violencia fue uno de sus instrumentos principales, aunque no el único. De este modo, la nueva comunidad nacional se construyó a través de un conjunto de políticas y prácticas eliminacionistas a gran escala que concentraron sus mayores niveles de incidencia en las primeras semanas y meses tras el golpe de Estado. Al mismo tiempo, las necesidades derivadas de la guerra total comportaron la implementación de una movilización masiva, tanto de soldados reclutados para nutrir al ejército golpista como de quienes permanecieron en la retaguardia, puestos al servicio del esfuerzo bélico. En ambos casos, la guerra fue el marco propiciatorio de construcción de la Nueva España, tanto por la vía del exterminio, subyugación y obliteración de los enemigos políticos y sociales, como a través del encuadramiento, disciplinamiento, adoctrinamiento y seducción de quienes la integraban.

Sin embargo, para que todo eso fuera posible era indispensable una condición: ganar la guerra. En ese sentido, la marcha de la contienda ejerció como brújula y termómetro del proceso formativo de la dictadura franquista. Así, no se puede entender la estructura y funcionamiento del sistema represivo que sustentó el régimen durante casi cuarenta años sin las distintas experiencias de ocupación urbana, gestión del orden público y control de la población que enfrentó el ejército conforme iba conquistando el territorio en manos de la República. Dichas experiencias nos aportan las claves para en-

tender la evolución de las prácticas represivas rebeldes, las cuales integraron unas políticas de violencia cuya fluctuación, transformación e instrumentalización estuvieron plenamente vinculadas a las fases por las que fue pasando el conflicto. De igual modo, el entramado de vigilancia y castigo que constituyó la esencia misma de la dictadura fue un producto derivado de los retos y desafíos que comportó el proceso de movilización de masas en un escenario de guerra civil. En ese marco, el ejército hizo las veces de laboratorio de ensayo de todo un conjunto de prácticas y políticas de vigilancia, coerción, castigo y recompensa que la dictadura implementaría posteriormente a gran escala sobre el conjunto de la sociedad española. Lo cual, por extensión, convirtió a los soldados en los sujetos de ensayo de dicho proceso.

Sea como fuere, lo sucedido en los frentes no solo fue determinante para entender la evolución del entramado represivo franquista. De igual modo, las estrategias ideadas por el régimen para granjearse los máximos apoyos sociales posibles, dentro del limitante esquema de vencedores y vencidos, también tuvieron en las trincheras y el ejército sus escenarios de prueba y error. El encuadramiento y disciplinamiento de más de un millón de individuos en las filas de este último abrió la posibilidad de hacer de la experiencia bélica un proceso de renacionalización y politización, lo cual, dicho sea de paso, era ante todo una necesidad impuesta por la propia naturaleza de los proyectos que se enfrentaron en la guerra, el carácter interno del conflicto español y la consecuente disputa por una misma legitimidad. Así, nuestra comprensión de los procesos de sustentación y legitimación de la dictadura queda incompleta sin atender a las políticas de adoctrinamiento e ideologización desarrolladas en el seno del ejército insurgente, más concretamente a sus formas, tempos y contenidos.

Nuevamente, esta cuestión plantea la necesaria revisión de algunas interpretaciones historiográficas vigentes. Una parte de los trabajos a los que antes me refería, surgidos a partir de la década de los 2010, se ha centrado en estudiar el proceso de movilización para la guerra, más concretamente las políticas de reclutamiento forzoso llevadas a

cabo por ambos bandos, los mecanismos de control, coerción y adoctrinamiento impuestos sobre los soldados y, en menor medida, las condiciones de vida en el frente. En dicho análisis, la relación entre experiencia bélica y politización se ha articulado en torno a dos ideas esenciales que no comparto y que trataré de cuestionar en el último capítulo de este libro. En primer lugar, se ha planteado que la existencia de una movilización forzosa y de unos aparatos de disciplinamiento y represión de los soldados en el seno de ambos ejércitos evidencian la escasa implicación, participación e identidad política de muchos de estos combatientes corrientes. Así, fenómenos como la desertión son interpretados como un rechazo a esa dimensión ideológica de la experiencia bélica. En segundo lugar, además de esbozar la imagen de una sociedad española escasamente politizada, estos trabajos rechazan la idea de que la guerra fuese una experiencia de socialización ideológica, planteando dicha ideología como algo distante e impuesto desde arriba.<sup>22</sup>

Ambas interpretaciones parten de una visión escasamente flexible del funcionamiento de los procesos de politización individual, los cuales se plantean en términos de máximos. En lo referente a la experiencia bélica de los soldados, esa visión se alinea con la idea de la «guerra como trabajo», entendida no solo como una forma de distanciamiento del hecho de matar, sino también como reflejo de una aparente contraposición entre deber y convicción.<sup>23</sup> De este modo, dicha convicción es minusvalorada si no opera de forma explícita en la conducta de los soldados, en vez de, por ejemplo, funcionar como marco significativo de sus acciones. Tal enfoque minimiza la agencia de los combatientes y su capacidad de transformar y reelaborar los discursos que reciben de diversas fuentes, reduciendo su relación con la experiencia de la movilización y la guerra a la mera adaptación por el miedo, aspecto en el que se incide particularmente. De este modo, se obvian dimensiones como la adhesión parcial, la aquiescencia o la resignación y el consentimiento pasivos que dan una imagen más completa y compleja de la relación que, sin ir más lejos, los excombatientes franquistas establecieron con la dictadura, que no en vano es uno de los argumentos que se apuntan.

Y es que la existencia de una movilización forzosa y de masas —que no por nada es consustancial a las guerras totales— no puede

ser entendida como negación de los distintos grados de politización existentes en el seno de un contingente armado. Por supuesto, una de las principales actitudes que la mayoría de los soldados muestran frente a la guerra es el rechazo y la evasión, pero eso no implica automáticamente la inexistencia de un nivel variable de afinidad con los motivos políticos detrás del conflicto en el que combaten. Como veremos en el quinto capítulo de este libro, ambas ideas, rechazo a la guerra y convicción ideológica, confluyen en las acciones de los soldados, entre otras situaciones a la hora de explicar por qué desertaron de sus unidades.

De igual modo, si los ejércitos son uno de los agentes de nacionalización por excelencia de la contemporaneidad, lo que en el caso de la Guerra Civil implica de politización, parece poco plausible pensar que el paso por las filas del contingente rebelde no resultase en un cierto grado de socialización ideológica de una parte de sus combatientes, teniendo en cuenta los esfuerzos que este puso por adoctrinarlos.<sup>24</sup> Salvo que, como decía antes, esta socialización se entienda en términos de máximos, un enfoque que recuerda al aplicado sobre la relevancia de Falange en la arquitectura del Nuevo Estado. Así, la guerra militar en el frente estuvo plenamente politizada, pues la propia experiencia de movilización y encuadramiento fue concebida como un ejercicio de renacionalización y politización. No en vano, incluso las operaciones militares se vieron influidas por el sentido ideológico del conflicto, lo que redundó en una experiencia más penosa y brutal para los soldados de a pie. Así pues, y tal y como ha demostrado la historiografía sobre los apoyos sociales en las dictaduras, el régimen resultante de la victoria tuvo en el consenso, tanto como en la coerción y la resignación, uno de sus principales pilares sustentadores.

En definitiva, lo que este libro pretende no solo es diseccionar la experiencia de quienes combatieron en las filas del ejército rebelde y analizar cómo este último libró la Guerra Civil. Además, busca poner ambas cuestiones en relación con el proceso constructivo de la dictadura para entender de qué modos se vincularon frente y retaguardia y cómo la guerra militar en el primero condicionó los ritmos, las formas y la evolución de los procesos políticos acaecidos en la segunda. Así, parte de la premisa de que lo ocurrido en las trin-

cheras atesora claves esenciales sin las que el panorama interpretativo del franquismo quedaría incompleto, subrayando de nuevo un hecho incontestable: solo la victoria bélica permitió la implantación de la dictadura. Todo eso convierte a los teatros de batalla, al ejército y sus unidades y a los soldados en escenarios y actores insoslayables, al tiempo que exige concebir el frente como un espacio vertebrador tanto a nivel militar como político, y no como mero trasfondo de lo que ocurría en las retaguardias. De hecho, la atención que estas han suscitado en los debates historiográficos ha conducido a la curiosa paradoja de que el conflicto de 1936-1939 se analice como una suerte de «guerra sin guerra», es decir, un acontecimiento cuyo hecho diferencial, condición *sine qua non* y propiciatorio de todo lo demás no adquiere un carácter protagónico.<sup>25</sup> Por ende, la resignificación de lo bélico como elemento histórico de primer orden es el principal propósito de este libro, algo que conduce invariablemente a situar en su centro a los «cruzados» sin gloria que lucharon y murieron en los campos de batalla de la guerra.

### LA GUERRA DE LOS SOLDADOS

El eje de este trabajo lo conforman los soldados, sus experiencias y los relatos elaborados sobre su paso por la guerra. Estos ocupan un lugar central a lo largo de todo el libro, si bien son los capítulos quinto, sexto y séptimo los que inciden de forma más directa en la experiencia bélica de los combatientes sublevados. La apuesta metodológica por situar a los actores corrientes en el centro del análisis se alinea con los cambios experimentados en el campo de los estudios de la guerra en las últimas décadas, que han permitido abordar, reconstruir y poner en valor las historias individuales de los combatientes como reflejo y herramienta interpretativa de una cultura, una sociedad y una época determinadas.<sup>26</sup> Así, el caleidoscopio de microhistorias al que antes aludía tiene sentido en sí mismo como ejemplo de las diferentes experiencias vividas por los soldados en la guerra, pero también como manifestación del tiempo en que estos vivieron y los procesos históricos que lo definieron.

Recuperar y reconstruir la experiencia de los soldados es una tarea compleja. Para ello, este libro recurre fundamentalmente a relatos de guerra publicados en dos períodos concretos: la guerra y su inmediata posguerra, por un lado, y los años finales de la dictadura y primeros de la democracia, por otro. Estos egodocumentos, que de forma muy puntual se acompañan por otro tipo de fuentes como crónicas de guerra, relatos de observadores contemporáneos y cartas, están atravesados por una profunda subjetividad que, no obstante, es un perfecto reflejo de las complejidades y contradicciones inherentes al ser humano. Así, más que dar una imagen «real» de sus experiencias, estas fuentes abren una ventana para observar aspectos como las autopercepciones de sus autores, las expectativas de clase que influyen el modo en que representan sus vivencias o la evolución de los códigos sociales y culturales que dan forma a sus relatos, determinando qué acontecimientos tiene significado narrar y qué lenguajes se pueden y deben emplear para ello.<sup>27</sup> Eso nos obliga a abordarlas a partir de unas determinadas herramientas críticas mediante las cuales poder determinar su autenticidad y su veracidad, no tanto como forma de validar la exactitud de los hechos narrados sino para refrendar que, efectivamente, se trata de «artefactos culturales capaces de arrojar luz sobre cómo los contemporáneos veían el período en el que vivieron».<sup>28</sup>

Por ende, es importante diferenciar la imagen de la guerra que dibujan estas fuentes y la realidad y cotidianidad de lo que sus autores, y los soldados en general, vivieron en el frente. Hay que tener en cuenta para qué, por quién y para quién fueron elaborados estos relatos, ya que los fines, las motivaciones, los marcos y el formato condicionaron su contenido. Es decir, debemos entender el motivo por el cual cierto tipo de vivencias adquirieron un papel más protagónico frente a otras que fueron más habituales pero que quedaron relegadas a un segundo plano. No en vano la misma esencia de estos egodocumentos, sobre todo las memorias y diarios de guerra, supone un proceso de reorganización lineal de una historia que, más bien, discurre por una línea torcida. En este sentido, se trata de «narraciones retrospectivas del yo que trataban de imponer algún tipo de unidad y significado sobre unas vidas habitualmente caóticas, marcadas por el sufrimiento individual y colectivo, y la privación material».<sup>29</sup> Las fi-

nalidades de ese ordenador ejercicio narrativo son múltiples, desde poner en valor el sacrificio colectivo en el frente hasta describir de forma «honorable» la muerte en combate del camarada caído, pasando por la voluntad de trascendencia u objetivos más prosaicos como la búsqueda de significación individual.<sup>30</sup>

Así pues, estos egodocumentos representan un proceso de reconstrucción y resignificación individual en el que el autor escoge qué aspectos de su experiencia quiere contar y cómo hacerlo. Dicho proceso está muy influido por la interacción entre las circunstancias personales de su protagonista cuando se produjeron los hechos y en el momento de publicar la obra, así como por las expectativas de la audiencia a la que se dirige, todos ellos aspectos a tener en cuenta a la hora de hacer uso de su contenido. Esto nos conduce a otra idea esencial, que es el grado de representatividad de cada una de estas fuentes, influido por cuestiones de clase, nivel cultural, militancia política o el rango que el soldado tenía en el ejército.<sup>31</sup> Por ejemplo, es indispensable considerar quiénes, en la España de los años 30 y 40, podían tener la destreza literaria y el nivel educativo y cultural suficientes como para poder escribir relatos elaborados sobre su experiencia en el frente que posteriormente pudieran ver la luz en forma de publicación editorial.

A la altura de 1940, la tasa de analfabetismo masculino era del 17,2%, inferior al 28,2% de la femenina.<sup>32</sup> En cuanto a la educación media y superior, en el curso 1933-1934 había 145.007 alumnos matriculados en enseñanzas medias (103.085 hombres y 41.922 mujeres), mientras que en el año académico 1932-1933 había 31.905 estudiantes cursando estudios universitarios, de los cuales 29.858 eran hombres y 2.047 mujeres.<sup>33</sup> En buena medida, el acceso a estos últimos niveles de estudio estuvo reducido a los estratos acomodados y pudientes de la sociedad, como las clases medias urbanas, lo que introduce un sesgo de clase en las memorias escritas por los soldados.<sup>34</sup> Estos no solo debían disponer de las herramientas necesarias para plasmar sus vivencias en un relato literario complejo, sino que además este debía tener un cierto interés editorial. Todo ello limitaba la representatividad de estas obras y favorecía la difusión de visiones de la guerra más en línea con las que promovía la dictadura, no solo por efecto de la censura, sino porque emanaban de las

clases sociales más inclinadas a apoyarla.<sup>35</sup> De igual modo, las transformaciones que pueden apreciarse en el relato de los veteranos de guerra surgido en los 60 y los 70 tienen que ver también con la ampliación de las voces que lo nutrieron, entendidas en términos de clase.

¿Quiere decir esto que las memorias y diarios escritos por los soldados son una fuente incompleta, subjetiva y que limita nuestra comprensión de la realidad de la guerra? Sí y no. Sí en el sentido de que se trata de documentos que reflejan la visión particular de su autor, por lo que no nos aportan un panorama completo de lo sucedido. E incluso, como decía, pueden contener un grado variable de reconstrucción, resignificación, manipulación y ocultación en los episodios que narran. De hecho, todas las memorias lo tienen. Pero lo que intenta este libro es abordar la experiencia vivida por los soldados, no solo a través de una aproximación a sus aspectos factuales y materiales, sino también entendiendo lo que esa experiencia en su conjunto supuso para los combatientes, la huella que les dejó y cómo eligieron transmitirla después de la guerra. Es decir, no se trata tanto de reconstruir solo la experiencia sucedida como, al mismo tiempo, la vivida, la recordada y la recreada, subrayando así la importancia que la transmisión de relatos e imágenes de la guerra ha tenido y tiene en las sociedades humanas.<sup>36</sup>

Con todo, las memorias dejan ciertos vacíos, sean o no intencionados, o aportan un contenido reconstruido, resignificado o manipulado que es necesario comparar, completar y ampliar con el recurso a otro tipo de fuentes. En el caso de este libro, ese complemento lo aporta el uso extensivo de procedimientos judiciales incoados a soldados por parte de la justicia militar franquista. Se trata de una fuente poco empleada todavía por la historiografía para estudiar la Guerra Civil en los frentes de batalla, pese a que nos permite aproximarnos a una faceta del conflicto y de la experiencia de sus combatientes que va más allá de la imagen filtrada que podemos encontrar en los diarios, memorias y cartas.

Por descontado, eso no quiere decir que esta documentación no conlleve sus propios problemas metodológicos o que su contenido

no esté pasado por ciertos filtros. No en vano representa un proceso que, además de tener una finalidad represiva, constituye un mecanismo represivo en sí mismo. Así, impone unos determinados lenguajes y expectativas a las personas a las que afecta, los cuales condicionan el modo en que estos narran y transmiten los hechos. Más aún, el documento que ha llegado hasta nuestros días no deja de ser sino una representación subjetiva del proceso judicial, en tanto que resumen elaborado en base a unos códigos concretos y con unas finalidades específicas, que no necesariamente han de ser las de reconstruir los hechos con la mayor precisión posible.<sup>37</sup> Es decir, una fuente que media entre un relato condicionado de lo sucedido y el historiador, añadiendo capas adicionales que este ha de desenmarañar para tratar de aproximarse al hecho original.

Aplicando las debidas precauciones metodológicas, el empleo de esta documentación abre la puerta a profundizar en esa idea del caleidoscopio de microhistorias como forma de aproximarnos a la experiencia de los soldados que combatieron en el ejército sublevado.<sup>38</sup> En ese sentido, las fuentes jurídicas no solo revelan los delitos cometidos por estos, sino lo que los altos mandos militares y el Nuevo Estado entendían como tales, lo cual incluye prácticas de resistencia cotidiana frente a la guerra, formas de expresión de la camaradería combatiente o trasgresiones de índole social, cultural o sexual. Así, la naturaleza particularmente coercitiva del ejército rebelde nos permite acercarnos a todo un universo de conductas, costumbres y realidades cotidianas que, tal vez por situarse al margen de ciertos códigos culturales o sociales, tuvieron poca presencia en los relatos de la guerra. La miseria de la vida en las trincheras, la brutal disciplina aplicada a los soldados en combate, los excesos cometidos contra la población civil, el miedo a la guerra, el abuso de drogas o las jerarquías de género, clase y raza dejaron su rastro en las páginas de muchos sumarios judiciales. Pero, al mismo tiempo, también lo hicieron los vínculos de amistad trabados al calor de las correrías en retaguardia, la solidaridad frente a la represión y el castigo o las relaciones sexuales no normativas.

Y es que todos estos aspectos formaron parte nuclear de la experiencia de los soldados rebeldes, aunque lo mismo puede decirse de quienes lucharon en las filas republicanas. Así, su guerra fue de cla-

se, religión, procedencia geográfica, nivel educativo y cultural, sexo, etnia o raza. Para los más de dos millones de soldados de ambos bandos, todos estos elementos no representaron tanto las distintas dimensiones y formas que adoptó el conflicto como los factores superpuestos y profundamente imbricados entre sí que definieron su paso por las trincheras de la Guerra Civil. Tratar de ofrecer una imagen de ese proceso que tenga en cuenta toda esa complejidad es el principal propósito de este libro.

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	7
La guerra militar .....	12
La guerra política .....	18
La guerra de los soldados .....	23
1. DE MARRUECOS A MADRID .....	29
¿Una guerra colonial? .....	37
Una guerra moderna .....	53
2. UN EJÉRCITO DE MASAS PARA LA GUERRA TOTAL .....	71
Escasos de todo .....	76
Sálvese quien pueda .....	92
Carne de cañón .....	101
Resultados contradictorios .....	125
3. LA LAUREADA O EL PAREDÓN .....	143
«Soldado español, que es mencionar al mejor del mundo» .....	145
«No se podrán retirar por ningún concepto» .....	153
Condecorar a los muertos, y a algunos mutilados .....	165
Morir, agotar la munición, contraatacar .....	173
La disciplina del sacrificio .....	192
4. EL MODO REBELDE DE HACER LA GUERRA .....	201
Aprender a hacer la guerra .....	204
«Recoger las enseñanzas de la campaña [para] terminar rápidamente la guerra» .....	212

¿Una guerra lenta? .....	223
Ganar a la española .....	240
5. COMBATIR, SOBREVIVIR, HUIR .....	247
Poder, horror y fascinación .....	249
Miedo .....	263
Trauma .....	276
Vías de escape .....	289
6. LA CALMA DE LOS FRENTEs .....	315
Vía de campaña .....	317
Matar el tiempo .....	329
Una «tranquila» masacre. El caso de la 17 DI .....	339
7. CAMARADAS .....	353
«Hermanos combatientes Nacionales» .....	357
Oficiales y capellanes .....	368
Alcohol, sexo y violencia. La «natural expansión» de la retaguardia .....	375
Más allá del ideal. Sombras y aristas de la camaradería combatiente .....	395
8. LA FORJA VIOLENTA DE LA NUEVA ESPAÑA .....	409
Encuadramiento, vigilancia y castigo .....	411
Rojos y separatistas .....	424
Represalias .....	430
Guerra de ocupación .....	437
«Perpetradores, saqueadores, violadores y delatores» .....	454
9. VENCER Y CONVENCER .....	483
Hasta «el más limitado de los individuos» .....	486
La educación moral del soldado .....	494
Prensa y propaganda .....	513
La guerra como experiencia de politización .....	522

EPÍLOGO. LOS ECOS DE LA GUERRA Y EL PRECIO DE LA VICTORIA	537
<i>Agradecimientos</i> .....	553
<i>Notas</i> .....	559
<i>Lista de archivos consultados</i> .....	615
<i>Bibliografía</i> .....	617
<i>Índice alfabético</i> .....	641